

POR UNA ESCUELA NO CON MEDIO AMBIENTE, SINO CON AMBIENTE COMPLETO¹

Edgar González-Gaudiano

Desde su aparición en el escenario internacional, la educación ambiental recibió el mandato de incorporarse a los sistemas educativos escolares. Se insistió en que esta incorporación no se diera adicionando una asignatura más en el curriculum, quizá porque se anticipaba que esa sería la forma en la que ocurrirían las cosas. Y así fue, al menos al principio.

Más de treinta años han transcurrido desde la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, celebrada en Estocolmo, Suecia, donde el Principio 19 de la Declaración Política de esa significativa reunión, recomienda impulsar procesos educativos sobre el medio ambiente, escolares y no escolares y dirigidos a todos los sectores y grupos de población para fomentar una toma de conciencia crítica sobre los problemas del medio y actuar en consecuencia. Muchas otras reuniones han tenido lugar desde entonces, y uno se sigue preguntando por qué la educación ambiental continúa teniendo un lugar tan poco importante dentro de las instituciones, tanto de aquellas encargadas de la gestión ambiental como de las que atienden los procesos educativos.

Aunque habrá quien diga que la situación ha cambiado sustantivamente de 1972 a la fecha y eso es absolutamente cierto. También lo es el que la educación ambiental se encuentra bastante subordinada, al menos frente al conjunto de instrumentos disponibles para la gestión ambiental; y en los procesos escolares en el mejor de los casos ha sido asumida como parte de los contenidos de las ciencias naturales, cercenándoles su profunda dimensión social, es decir, cívica, de formación de ciudadanía, de participación en los acontecimientos que nos afectan todos los días.

La educación ambiental nos ofrece un enorme potencial que no ha sido bien entendido y, por ello, es poco aprovechado. Sus características intrínsecamente interdisciplinarias —toda vez que es punto de encuentro de saberes y prácticas provenientes de las más diversas áreas de conocimiento— favorecen la articulación de los contenidos curriculares que suelen estar fragmentados entre sí. En otras palabras, la educación ambiental es un puente natural para construir asociaciones conceptuales y, por ende, dar un nuevo sentido al material aprendido.

Pero en años más recientes, la educación ambiental también manifestó un gran potencial para favorecer el vínculo entre la escuela y la sociedad. No sólo por tratarse de un tema de creciente importancia en la vida contemporánea, sino por su capacidad para favorecer, desde esa perspectiva interdisciplinaria a la que aludíamos antes, una comprensión de las complejas interacciones entre la sociedad y el ambiente, así como para promover compromisos para participar en el cambio social, mediante el desarrollo de competencias para la acción responsable, empezando por el nivel local, pero con la posibilidad de insertarse en esa dimensión global cada vez más próxima a nuestras vidas.

Es preciso que la escuela nos ayude a repensar nuestros hábitos y costumbres cotidianos, tanto en lo individual como en lo colectivo, para remodelar nuestras actitudes y comportamientos en tanto sujetos individuales como

¹ Publicado en revista 'Agua y Desarrollo Sustentable', México, Gobierno del Estado de México. Mayo, 2003. Vol. 1, Núm. 3. pp. 19-22 <http://www.aguaydesarrollosustentable.com/>

organizacionales e institucionales. Y eso sólo puede lograrse en la medida que la escuela esté mejor enlazada con los procesos de la comunidad, diseñando un currículo flexible, readecuando los espacios escolares y rearticulándose con el entorno aledaño.

Los niños aprenden lo que viven y eso exige un mínimo de congruencia entre lo que la escuela prescribe y lo que ellos (y ellas) hacen, piensan, sienten y aprenden. Esto, desde luego, es válido no sólo para la educación ambiental. Algunos países han puesto en marcha diferentes tipos de procesos para propiciar lo anterior. Colombia, por ejemplo, aplica los Proyectos Ambientales Escolares (Praes) consistentes en un conjunto de actividades articuladas con la vida comunitaria local, en las que se intentan volcar lo aprendido en las distintas áreas de conocimiento e involucran la participación de los padres.

Brasil ha tenido enormes avances en el fortalecimiento de los ejes transversales en el currículo y sobre todo en la capacitación de maestros mediante la asesoría y el acompañamiento de las experiencias concretas en las escuelas. Para ello han desarrollado interesantes estrategias formativas como la Propuesta de Participación-Acción para la Construcción de Conocimiento en el Programa de Capacitación de Multiplicadores en Educación Ambiental (Ver, Santos, Elizabeth en Vianna, 2000).

España, por su parte, impulsa las Ecoauditorías Ambientales que inducen mejoras progresivas en el programa escolar, pero también en el uso de los recursos y en los modelos de organización y operación. Las ecoauditorías se inscriben en un plan de mejora continua de la calidad de los centros educativos, a partir de comprometer a los distintos agentes de la comunidad en el diagnóstico, seguimiento y toma de decisiones sobre los asuntos ambientales, tanto curriculares como de gestión. Algo parecido a la tendencia que tiene en nuestro país el Programa de Escuelas de Calidad, aunque no para el tema ambiental.

Es difícil en este breve espacio, hacer una exposición detallada de la forma como se llevan a cabo estas tres experiencias, presentadas a modo de ejemplo. Y tampoco es mi propósito. Lo que sí me propongo es hacer notar que en materia de educación ambiental ya están operando en otros países muy variadas estrategias pedagógicas que afectan positivamente la calidad del proceso educativo en su conjunto, cuando en el nuestro nos seguimos resistiendo a darle el creciente peso específico que sí ha adquirido en otras partes y a lo más continuamos promoviendo algunas acciones de separación de residuos y otras acciones puntuales y eventuales, que suelen ser completamente ajenas a los objetivos programáticos.

Necesitamos replantearnos esta situación en otros términos muy distintos. Trascender, en primer lugar, el pesado lastre que representa reducir el ambiente a la naturaleza, porque eso nos seguirá circunscribiendo a las ciencias naturales. Los problemas ambientales son ciertamente ecológicos, pero vistos en su dimensión social, cultural, económica, histórica, política, tecnológica, jurídica. Una nueva concepción del ambiente nos conduce necesariamente a pensar la educación ambiental, como educación cívica para la formación de ciudadanía; una educación que implique sí buscar una mejor relación con el ambiente, pero en el marco de una mejor relación de convivencia entre y con nosotros mismos.

En segundo lugar, es necesario también diseñar una escuela cada vez más comprometida con su tiempo y con su lugar. Una escuela que de cabida al análisis de los asuntos y problemas que atraviesan nuestras vidas; cuyos contenidos nos permitan construir mejores interpretaciones para replantear nuestros desafíos individuales y sociales y nuestros horizontes de posibilidad. Me dirán, que eso no

corresponde a la educación ambiental sino a la educación toda. Y yo coincidiré con ustedes porque, finalmente, el hecho de que ahora tengamos que hablar de educación ambiental, o de educación para los derechos humanos, o de educación con enfoque de género, entre muchos otros campos emergentes, es porque los procesos educativos en su devenir histórico fueron relegando aspectos que ahora es preciso recuperar, redimensionar y relocalizar dentro de los sistemas escolares. Cuando eso haya ocurrido, no se necesitará hablar de educación ambiental porque se entenderá que la educación o es formadora de valores y competencias para una sana relación con el ambiente o no es educación.

En Brasil, el Proyecto 2000 de Educación Ambiental recupera en este sentido las siguientes lecciones aprendidas para la escuela:

- Un proyecto de educación ambiental debe estar plenamente integrado a la rutina de la escuela, sin que ello implique un sacrificio adicional para el profesor.
- Es fundamental trabajar con los directores y el cuerpo técnico de la escuela, desde su propia concepción, pues eso viabiliza y facilita poner en marcha las actividades de un proyecto. Se requiere también un horizonte temporal mínimo de tres años lectivos, para que haya una mayor convivencia e intimidad con la nueva rutina adoptada, toda vez que la finalidad es cambiar hábitos e introducir una nueva cultura de trabajo.
- La capacitación de funcionarios y profesores para la gestión ambiental del espacio escolar es un elemento prioritario en la formulación de propuestas de acción en educación ambiental. La escuela debe ser un ejemplo para los alumnos y la comunidad que atiende.
- Los planeamientos anuales y bimestrales son momentos privilegiados en la elaboración de los programas de las asignaturas, para asegurarnos de que la temática ambiental no se reduzca a la promoción de eventos.
- Continúa siendo un desafío capacitar a los profesores que encuentran dificultad para relacionar al medio ambiente con los contenidos del área que imparten. Dar contenidos al aula y llevarlos al alumno todavía es encarado por muchos como una ‘receta’.
- Es importante involucrar a todos los turnos de la escuela. Si eso no ocurre, se contrarrestan los logros de un turno a otro.

El reconocido pedagogo costarricense Francisco Gutiérrez dice que ‘educarse es impregnar de sentido las prácticas de la vida cotidiana’, ¿cuándo comenzamos con lo ambiental?

Bibliografía

Callejo Fraile, Carlos, Javier Benayas del Alamo y otros (2000) Ecoauditorías y proyectos de calidad de los centros educativos. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura. 142p.

Gutiérrez, Francisco y Cruz Prado R. (s/f) Ecopedagogía y ciudadanía planetaria. Heredia, Costa Rica: Instituto Latinoamericano de Pedagogía de la Comunicación. 112p.

Ministerio de Educación Nacional (1997) Tiempos de vida para una educación humanizante. Colegio Fernández Guerra, Santander de Quilichao. Bogotá: MEN. 97p.

Vianna, Lucila Pinsard y Sonia Marina Muhringer (2001) Panorama da educação ambiental no ensino fundamental. Brasília: Ministerio de Educação. 149p.

Tamaio, Irineu e Denise Carrera (Coord) (2000) Caminhos e aprendizagens: Educação ambiental, conservação e desenvolvimento. Brasília: WWF-Brasil. 92p.